

La nochebuena en París

Autor(en): **[s.n.]**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1954)**

Heft 4

PDF erstellt am: **21.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-797799>

Nutzungsbedingungen

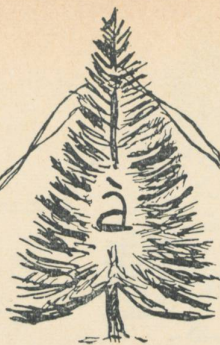
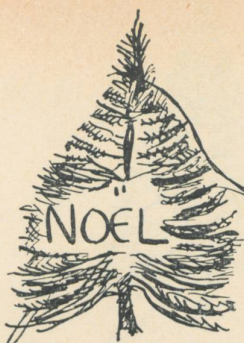
Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

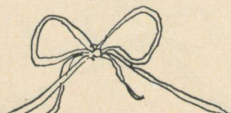
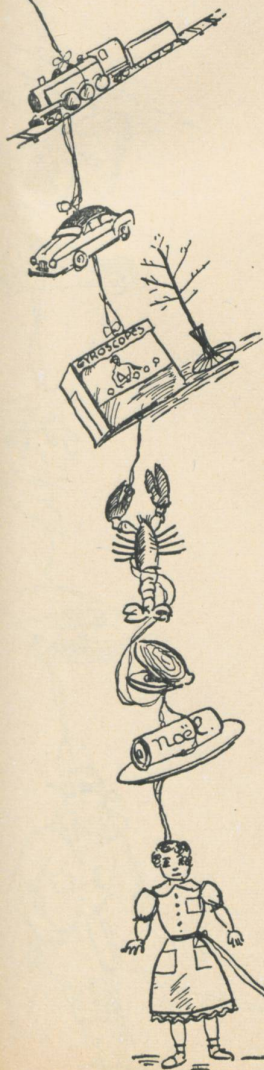
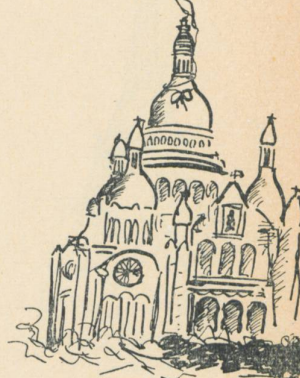
Haftungsausschluss

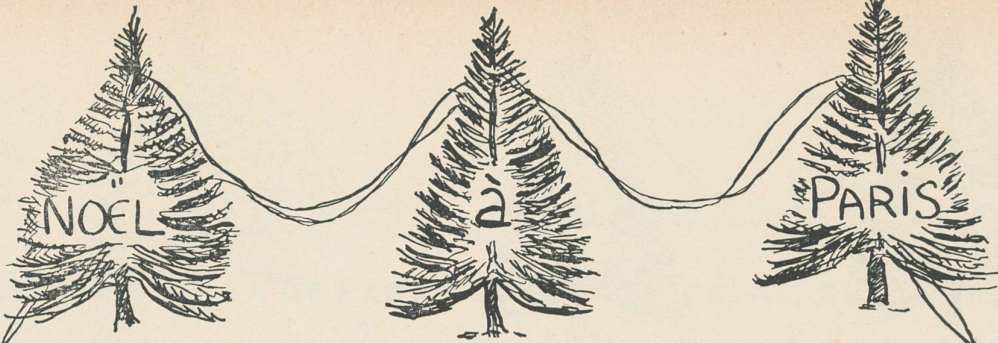
Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.



La Nochebuena en París

No es como en otros sitios. Eso no puede sorprendernos por parte de una urbe que tiene el sentido de la originalidad. En primer lugar, resulta paradójico el modo que tiene París de presentarse a quienes lo visitan y a sus habitantes, durante las fiestas de fin de año. En el extranjero y para Navidades, todas las ciudades buscan a acicalarse y, como suele decirse, se ponen de tiros largos, alinean pinabets en las calles y tienden guirnaldas luminosas de unos a otros, cuelgan lamparitas y enfocan proyectores, y la gente adorna las ventanas con flores. Pero nada de todo eso se hace en París. Ciertamente que se realizan algunos tímidos ensayos en la Plaza Vendôme y en la Avenida Matignon; Christian Dior o Jean Dessès plantan pinitos delante de sus portales; los grandes almacenes presentan sus escaparates decorados; aquí y acullá, alguien, aisladamente, rompe la monotonía de las fachadas instalando una construcción agradable de ver; pero todo eso es lo excepcional. En realidad, París, la ciudad que mejor viste, según se dice, no se viste para la Nochebuena. Y sus habitantes no se esfuerzan más que el Municipio. ¡Qué lástima! Sobre todo si se recuerda el aspecto de la menor callejuela suiza, alemana, inglesa, holandesa o dinamarquesa, las coquetas casas en las que todas las ventanas parecen floridos altarcitos. Y, a propósito de esto, se pregunta uno si los franceses aman a las flores. Oyendo la publicidad que, en competencia, se hacen sobre las ondas de Radio Luxemburgo o de Radio Monte Carlo los arboricultores y horticultores franceses, y al ver los productos que estos últimos exhiben cada cinco años en las Floralias de Gante (que, dicho entre paréntesis, son el espectáculo más extraordinario que se pueda concebir), podría creerse que el cultivo de las flores es, en Francia, un verdadero culto. ¡Qué equivocación! Pero, en primer lugar, si a los franceses les gustasen las flores, obligarían a sus arquitectos a instalar en sus casas ventanas de guillotina que permiten alinear los tiestos y serían un regocijo para la vista y el corazón de los transeuntes tanto como de los habitantes de la misma casa. Obligarían a sus ediles a adornar para Noche-

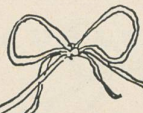
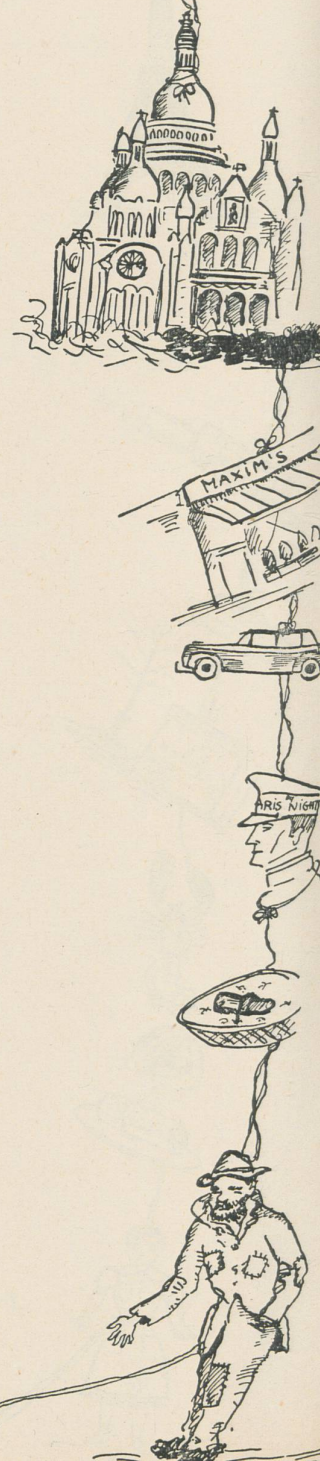
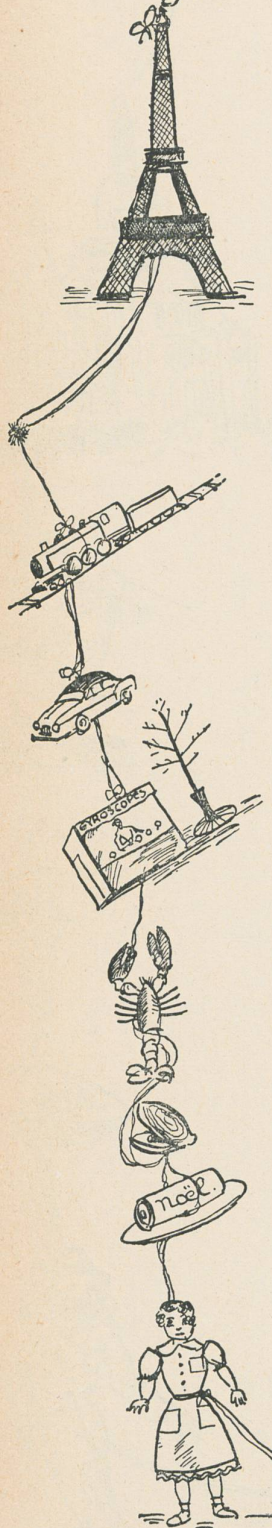


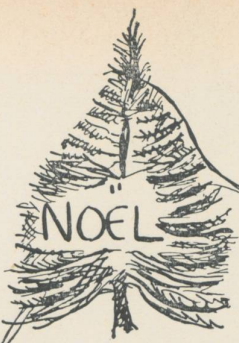


buena la capital como ésta se lo merece y como sabe engalanar a las mujeres que a París acuden para vestirse. Les gustaría ver la Plaza de la Concordia adornada con pinabetos durante varios días ; a la Torre Eiffel la transformarían en un arbolillo de Navidad de trescientos metros de alto, y a la iglesia del Sagrado Corazón, lo mismo que al Panteón, en luminarias de la urbe. Pero, sin llegar a tanto, les gustaría ver desfilando por las calles el tradicional cortejo de «Noël». De todo eso, nada. Apenas algo más de trajín de lo corriente.

Y sin embargo, la Navidad en París tiene un encanto peculiar, un encanto discreto y cautivador. El tiempo que media entre las dos cenas, la de Nochebuena y la de San Silvestre, durante la tristeza de los días de invierno, está matizado de alegría. Una alegría fina, casi imperceptible, tenue como una neblina matinal, pero verdadera. Bajo un cielo tan bajo que los campanarios arañan las nubes, a través de los aguaceros y de los nevazos, con el chapoteo de los neumáticos de los vehículos que arrancan de la calzada haces de salpicaduras, quien ama a París percibe una animación desacostumbrada. Se ve en los ojos de los transeúntes que pasan apresurados entre dos paradas delante de los escaparates, se oye en la voz cascada del castañero que, calzado de zuecos y detrás de su brasero ambulante, apila en los cucuruchos de papel las castañas mal asadas que queman los dedos, ensucian las uñas y dejan cascarillas en los bolsillos de los abrigos. El florista ambulante enarbola los ramos de flores gritando : « Los vendo baratos ». El vendedor de periódicos, con su gabán chorreando agua, ofrece los diarios con sonrisa festiva. Madama se escabulle entre los papanatas, la cara escondida en el cuello de pieles, de visón o de conejo, para hacer sus inútiles y encantadoras compras, consultando a cada momento la lista que preparó con muchas cavilaciones. De vuelta a su casa, desata los bramantes y las cintas de colores, desenvuelve los papeles satinados, pone en fila las tarjetas de felicitaciones, esas cartulinas que, tanto sus amigas, como ellas mismas pondrán sobre la mesilla de la chimenea como verdaderos castillos de naipes, debajo de las invitaciones que, a su vez, se sujetan por un pico entre el espejo y su marco.

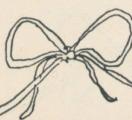
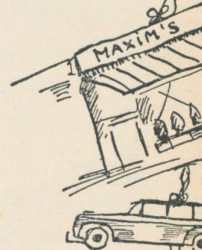
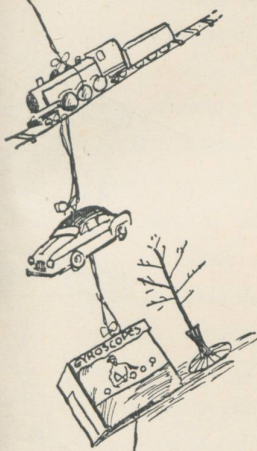
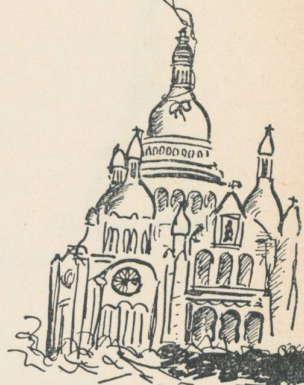
Las Pascuas de Navidad en París son las tiendecillas en los bulevares donde se compran estilográficas, giroscopios, cítaras, dulces que no se derriten y cucharillas que sí lo hacen, alhajas de bisutería y adornos para el árbol de Nochebuena. Es el puesto del desbullador, como se llama el vendedor de ostras, que presentan sus mariscos en las cestas de junco sobre lechos de algas mezcladas con tirillas de celofana brillante, esas cestas donde las langostas y otros crustáceos

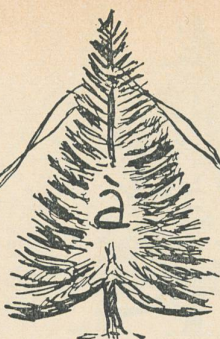
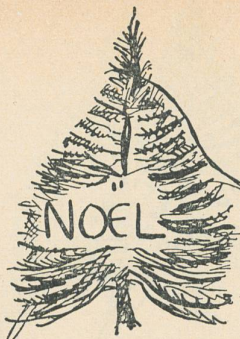




agitán espasmódicamente sus antenas y sus pinzas ; son los guías que, en los bulevares y a la puerta de los hoteles y de las agencias de viajes acechan a los transeúntes, ofreciéndose se tozudamente para llevarlos a cualquier parte para enseñarles cualquier cosa, hasta lo más inmostrable. Son los restaurantes, donde se ocupan de los preparativos de última hora y pegan contra la luna de los ventanales la tradicional minuta que obligatoriamente menciona la morcilla y el pavo con castañas y esos pasteles empalagosos que llaman « leños de Nochebuena » ; donde las señoras del guardarropas desembalan sacos de gorros de papel, de trompetillas de cartón, de serpentinas y de pelotillas de algodón en rama ; es la escena más íntima en el hogar, donde el padre ensaya, por su propio gusto, el tren eléctrico que, al día siguiente, el « padre Noël » dejará al hijo de la casa (a quien no se le permitirá que juegue con él para no estropearle) mientras que la señora contempla enternecida y melancólica la muñeca de sus ensueños de niña. Poco después, mientras que él echa pestes contra el cuello que se ha estrechado, ella se pondrá nerviosa por la mala voluntad evidente del cierre de cremallera que no corre. Nochebuena es también el « clochard », el vago o sin trabajo de París, que, vestido de un gabán verduoso y harapiendo, los zapatos atados con cuerdas y con el sombrero encasquetado sobre su cara barbuda, se dirige hacia la puerta de los restaurantes para abrir las portezuelas de los coches que irán llegando, con el afán de recoger algunas propinas que, por lo menos esa noche, le permitirán hacer una comida algo más copiosa, a menos que no tenga que terminar la noche con la sopa boba del refugio. Es el del « Ejército de la Salvación » que, como en todas las capitales, agita una campanilla ante un caldero de cobre. Es el sacristán, el pertiguero y el monaguillo que verifican su vestuario de solemnidad con el que ayudarán, dentro de poco, a la Misa del Gallo. Es esa atmósfera de regocijo y de fiesta que, en París, no es igual que en otras partes.

París no se engalana, pero sí sus habitantes que se visten de gala, física y moralmente. Pronto van a sonar los tres golpes antes de alzarse el telón. En los « café tabac » de la Puerta de Orleans, lo mismo que en lo de Maxim, hombres y mujeres adornados con sus mejores galas, revestidos de buen humor, van a codearse durante una noche, a olvidar sus preocupaciones y a regocijarse en compañía. Los viejos choferes que conducen los taxis G 7, aquellos coches Renault encarnados y anticuados, van a transportar a los clientes, refunfuñando entre sus mostachos caídos y gruñendo contra los conductores jóvenes de los coches Aronde o de Citroën, vestidos de cuero





y con boína ; ya, las señales de los faros trazan surcos luminosos al reflejarse sobre el asfalto mojado ; en los music halls, las chicas del conjunto se afanan en los exiguos vestuarios para enfundarse en las ceñidas mallas de bailarina o poniéndose con precaución las falsas pestañas que adornan los párpados ; en todos los teatros, las camareras de las actrices pinchan en las almohadillas de satén rojo los alfileres con « zuequitos de Navidad » que actores y actrices venderán en la sala durante los entreactos a beneficio de las obras de socorro mútuo ; en la Rue de la Paix desierta, las alahajas de brillantes resplandecen a la luz de los escaparates ; en la Rue Rambuteau, las mercerías cerraron sus puertas, pero las lámparas siguen encendidas y alumbran los Pesebres en miniatura encintados con cabellos de ángel ; los autocares empiezan a cargar los parroquianos que van a los alrededores próximos, a la « banlieue », hacia el misterio que les reserva una cena « sorpresa » ; madamisela Martin, taquimeca de oficio, se pone su falda de tul y su corpiño de terciopelo negro sobre el que brilla un broche de strass ; madama Dupont-Durand, la señora del gran industrial del Norte, prueba a meterse dentro de su vestido de Dior que la aprieta demasiado (¡ Dios mío ! Sigo engordando.) ; millares de botellas de champaña están enterradas bajo toneladas de hielo ; los músicos de las orquestas se ponen los trajes de sociedad ; los vendedores de billetes de la Lotería Nacional preparan su cartera llena de cuadernillos de décimos y planean su periplo nocturno. En todas partes se espera la hora H. París se recoge antes de desatarse y de librarse de sus reservas congeladas de amabilidad y de alegría. ¿ Cuantas fiestas de Navidad existen que valgan tanto como las de París ? — Se bebe sin exceso — justo lo que hace falta para estar alegres — ; se guardan las medidas y esa pizca de liviandad tan en armonía con las burbujas del vino espumeante.

Y si os asegurasen que las cenas de Nochebuena de antaño eran más brillantes, que las veladas en la Abbaye de Thélème y del Café de París, con los maullidos de los violines ziganos, cuando la Bella Otero bailaba haciendo revolotear sus pesadas enaguas ante los monóculos de los vividores célebres, eran más extraordinarias — no le echéis la culpa a París. Vivimos en otra época, pero el corazón es el mismo, como idéntico es el espíritu y la carne es inmutable. Todo bien pesado y pensado, sin parcialidad arbitraria, es en París donde os aconsejo que paséis las fiestas de Navidad, si tenéis la posibilidad de hacerlo.

X. X. X.

